

Jorge Ibáñez (1)

## Vengativos (2)

—¡On Vítor! Otro litrito más, del güeno, puéh eñor, pa refrescar un poco el guargüero.

E invitando a su compañero, sentado silenciosamente al frente suyo, con el vino que aun quedaba en el tiesto:

—Ya pus guachito ho, ¡salú! No te la estís dando e cumplimiento.

Los vasos se fueron haciendo transparentes, como si el gorgoriteo de sus gargantas fueran de mágica resonancia. En la mesa, salpicada de desastilladuras pequeñas, el líquido hacía positas moradas, reflejando trozos de cielo por las ranuras que dejaba la quincha rala del techado. Depositaron los vasos con rudeza, haciendo chasquear sus labios con el regusto de los sorbos finales.

—¡Güeno, Tobías! ¿Qué pensai hacer ahora?

—¡Bah!—respondió el otro, como despojándose del silencio en que se había mantenido obstinadamente—. A uno que tiene brazos no li'hace falta qui'hacer. Pero eso no es ná ho. La

---

(1) Nació en Linares, el 17 de diciembre de 1926 y prepara un libro de cuentos «Entre Sueño y Destino». Realiza un criollismo fino y hábil, de gran promesa.

(2) Inédito.

rabia que tengo es qu' el gringo se vaya a quear riendo... ¡Gringo e mierda!...

Terminó la frase mirando hacia sus pies, donde un perrillo negriblanco permanecía tendido apegando el hocico sobre sus patas delanteras.

Los dos eran mocetones. Tenían las mangas del amarilloso algodón subidas hasta el codo y sobre los respaldos de las silleas de mimbre colgaban sus chaquetillas abotonadas y cortas. Uno de ellos moreno, ojos fijos, cejas pobladas, había guardado silencio y, cuando más, respondía con monosílabos; pero ya estaba cediendo a los efectos obligados del vino tinto que bebían. El otro, de rostro inteligente y más expresivo, no detenía sus ganas de hablar.

—Verlo tan paraazo con uno... Y se me antoja que no sabe ni agarrar la pala siquiera. Cómo lo voy a comparar voh con on Masimiliano ¡Cualquier día!

—Jué mala suerte la e nosotros qu' este gallo li'haya arrendao los terrenitos a on Masimiliano. No sé por qué me tinca qu' el viejo debe estar medio arrepentiún. Fíjate po'hombre ¡sembrarle toítas las cuabras de arroz! ¿No encontraí qu' es una maldá muy regrande la qui' ha hecho el gringo, ho? Icen que los suelos después quean güenos pa' ná. Antes se sembraba trigo, maíz, porotos, como lu' hace ahí al lao on Pancho Fuentialba, y ahora ¡puro arroz! Y voh vis cómo ha quedao el camino de pantanoso, onde apenas pueen sacar las carretas a dos yuntas. ¡Si hasta los mancos les cuesta atravesar esos barriales! El, como tiene salía por l' otro lao ¿qué se le dá poh!

—¿Qué li' habrá dao de largarse p'al campo, cuando toítos estos gringos se quean en el pueblo?

Se había acercado el dueño de casa, campesino como ellos e improvisado comerciante, trayendo un jarro de porcelana blanca con una gran saltadura cerca de la base y una marca por el lado exterior, que señalaba su capacidad de contenido. Allí vendía todo lo necesario en el campo: desde las agujas a

las velas: pero más que todo—constituyendo el verdadero negocio—vino tinto y blanco, aguardiente y chicha, en el tiempo. Ya no cultivaba con la misma actividad de los otros, pues el «despacho» (eso lo había comprobado con toda certeza, él y su mujer) en la forma que estaba orientado era mucho mejor que las cosechas anuales. Sin riesgo alguno; sin temor a las heladas o a los temporales.

—Atráquenles señores—murmuró obsequioso—qu' es de la última pipa que me está queando.

Miró luego a los dos hombres sin disimular su curiosidad. Sabía lo sucedido en la mañana entre Tobías, el más moreno, el más silencioso de los dos, y el dueño del arrozal. Ya, anteriormente, otros trabajadores habían estado conversando sobre el asunto, en el mismo lugar en que Vicho y Tobías se encontraban ahora.

\* \* \*

En «Las Vegas» todos eran pequeños propietarios, poseedores de dos, tres, hasta cuatro cuadras de terreno, con excepción de Maximiliano Benavente, cuyo predio abarcaba cerca de cuarenta. Ese año las había arrendado, por primera vez, para la siembra de arroz. Juan Bobbert, el arrendatario, muy pronto dió muestras de su carácter altanero, injusto y excesivamente autoritario, echándose sobre sí la animadversión de las gentes. No era precisamente extranjero; pero el apellido («con dos letras al medio, sin haber pa qué») y su misma apariencia física: rostro pecoso, no mucho; pelo colorín y los ojos casi verdes, muy movedizos, le conquistaron a la vez que un concentrado aborrecimiento el apelativo de «gringo».

El arroz, ya en pleno desarrollo, verdeguea en sus felposos cuadros asimétricos mientras el viento frisa levemente su superficie. Debían hacerle la última «limpia» antes de cortarlo, faena

que por las numerosas malezas que crecen entremezcladas con el cereal, ocupa un número bastante grande de trabajadores:

Esa mañana, casi próximo el mediodía, pasó Juan Bobbert con sus ojos saltones e inquisidores, inspeccionando el trabajo de los hombres. Un sombrero de ala corta, casaca de cuero café y altas botas negras, constituían su indumentaria. Un revólver al cinto colgaba bien visible. Se detuvo frente a los cuadros del arrozal donde estaban Vicho y Tobías, y desde allí, en una posición de hombre resuelto los vocó agriadamente, mientras su brazo extendido señalaba algunos cuadros del arrozal.

—¡Hey! a ustedes la limpieza parece que no les rindiera en absoluto. Aquel manchón de allá tiene más hualcacho (1) y llaibun (2) que arroz.

Ambos trabajadores se miraron sin responder, pero sus ojos se entendieron: «gringo e carajo, ya lo viéramos metió a él en l'agua».

Como el cereal debe quedar permanentemente en agua hasta muy poco antes de la cosecha, estaban con sus piernas sumergidas hasta las rodillas, más o menos.

Al advertir la presencia de un extraño, Chopo, el perrito lanudo y negriblanco de Tobías, que dormitaba calentándose al sol sobre la angostura del pretil, avanzó unos metros delante, volviendo inquietamente su cabeza para mirar a su amo y al hombre que avanzaba con rapidez por la estrecha cinta de tierra. Cuando se vió un poco lejos detúvose a un lado ocultando el rabo con humildad, procurando dejar el paso sin estorbo, sin necesidad de meterse al agua («que indudablemente estaba fría, porque si no ¿qué costaba?»). Al acercarse Bobbert, avanzó otro poco. Cinco pasos más. Por último, se paró decididamente («¡qué diablos!»). Pero Bobbert, aun cuando pudo pasar sin dificultad alguna, le asestó un puntapié malintenciona-

---

(1) y (2) Malezas más comunes de los arrozales.

do, lanzándolo en medio de aullidos a unos de los cuadros llenos de agua, entre las macolladas espigas del arroz.

Tobías, que adivinara el pensamiento del hombre, se había aproximado a medida que Chopo avanzaba, temeroso, delante de Bobbert. De manera que cuando el perrito se acercó a él gimiendo, mientras lamía su paletilla golpeada, sintió que la indignación le ardía con irreverencia en sus mejillas morenas.

—¡¡¡ Oiga!!! . . . Usté . . . ¡¡¡ Oiga eñor!!! ¿Qué lí' hace el perro pa que lo pateé?—y el tono de la voz se le irritaba a medida que pronunciaba las palabras—. Si no anda ná suelto. ¡El perro es mío! Así es que ya lo sabe pa otra vez . . .

Bobbert se detuvo sorprendido y sus cejas se encarcaron irónicas.

—¡Habrás visto gente más insolente!—dijo como para escucharse él sólo. Y, luego, levantando más la voz:

—¡Mira! . . . quedas despedido y no me pongas otra vez tu quiltro en el camino que lo mato de un tiro.

Se atusó el bigote colorín y, satisfecho, siguió avanzando por la angostura de los pretiles.

El altercado fué tan rápido e inesperado que Tobías, como única manera de reacción inmediata, terminó encogiéndose de hombros.

—Ahi tenís. Chopo, oh, como abusan con uno. Pero, ¿cómo iba a ejar, tamién, que te patiara ese gringo e miéchica?

Entretanto Bobbert caminaba alejándose, impasible, a través del sembrado.

\* \* \*

Los vasos se vaciaron de nuevo. Y el dueño de casa se aproximó solícito a trasegar otra vez, murmurando en tono de crítica:

—Toíta la gente anda medio disconforme con el gringo.

—Sería lesera si no. ¡Con el pago que da y con lo reglisto qu'es, cualquiera se contenta...!

Después, cuando Víctor Cerda les dejó solos, Tobías interrogó misteriosamente a su compañero:

—Oye, Vicho, ¿habís visto alguna vez a la gringa voh?

—Claro. Como tres veces, cuando me'ido a pagar a las casas. Harto güenaza qu'es. Icen que se va a bañar desnúita. ¿Será cierto?

Y sus ojos nublosos por los efectos del vino se encandilaron sin disimulamiento.

—Claro qu'es verdá. Y yo la hey visto güeñicito. Voh sabís que tienen de empleá a la Viteria, la chiquilla más grande de on Evaristo Vergara. A ella la lleva cuando va a bañarse; pero icen que otras veces va sin que naiden l'acompañe. Mientras la Viteria le guarda la ropa, la gringa juega en l'agua como potranca nueva. Es como hombre pa'l agua, oh. Te de naá de toítos moos. Se pone un calzoncito aquí y otro trapito acá, ¿pa tapar qué? digo yo. Cuando de onde la hei tao catiando yo ni se le nota que tiene algo puesto. Si no hubiera estao la Viteria esa vez que yo la estuve aguaitando, mecón que me li' había largao no más. Ahora, con la cochiná que m'hizo el futre, mi-han entrao unas ganas, te iré...

—¿Y te atreveríai a pescártela voh?

—¡Parece que no me conocís, Vicho! Pa mí no hay peo que se mi'ataje niuno... Antes d'irme pa San Carlos, qu'es donde hei resolvío irme ahora, con una ayuíta tuya ¡Listo! ¿Te animai?

—Pero... ¿Y si nos pillan?

—Y si nos pillan, ¿qué tanto, poh? Con tal que no sea el gringo qu'es harto arrejonao con rególver.

\* \* \*

Calor. Los rayos solares reverberan intensamente en el follaje de los árboles. Un no sé qué de desgano cruza llenando

el aire. Lejos se oye el galopar de un caballo y, de entre las ramas, sale el gorjeo casi triste, casi dolorido, de algún chercán, tal si fuera un bostezo de los vegetales llenos de modorra.

Un viento levísimo mueve las hojas de los álamos, trayendo desde el monte los olores exudados de los boldares, culenes y arrayanes; la fragancia de los poleos y peremotos juguetea invisiblemente en la luz de la tarde.

A un lado de la casa de Bobbert, bajo los membrillos del cercado, acezan algunas gallinas con sus picos abiertos, seme- jando gordas señoras sofocadas. Un tiuque, con su vuelo medio soñoliento, pasa volando y se posa en el esqueleto de una vie- ja patagua, haciendo mover, alertas las cabezas rojizas de los gallos temerosos del peuco, que inflan sus pechugas llenas de colores y clarinadas desafiantes.

Y, de fondo, como única música apropiada al paisaje y a la hora, el bordoneo prolongado de las abejas y moscardones que liban indiferentes. Pero esta monotonía se interrumpe de vez en cuando por los collihualles (1) que revientan sorpresivamente sus capsulillas amarillentas, en estallidos minúsculos y sorpresi- vos.

La mujer de Bobbert no era alta ni baja. Muslos apretados y firmes, senos turgentes. Joven. Llevaba sólo como seis meses en el campo. Durante el fresco de la mañana cabalgaba algunas horas y, en la siesta en los días de calor, iba generalmente a bañarse al raudal del Pellín, a veces con su marido, otras con la Viteria y, muy a menudo, sin compañía alguna.

A tres cuadras, más o menos, pasaba el río, murmujeante de pedruscos, correntoso en partes y tranquilo, con apacibles remansos, en otras, mostrando aquí su limpio fondo de arenilla.

El trileo asustadizo de unos queltehues, denunció la her- mosa figura de la mujer que iba atravesando ágilmente, con su pañuelo de colores en la cabeza, el senderillo del raudal.

---

(1) Arbusto del valle central.

\* \* \*

—¡Oye Tobía... Tobía..!—dijo Vicho a media voz— ¿oyíste? ¿Tay seguro qu' el gringo jué p' al pueblo?

—Claricho oh. Lo vi salir di' albazo. Toy seguro que no güelve hasta la noche. Tamién me lo dijo Filidor Inostroza, que lo vío.

Ambos habían escuchado el final de una risa con múltiples tonos de picardía y contento, a medida que se aproximaban al sitio del baño, orillando el río. Al llegar a una entrada de la tierra en el agua, desde donde se podía divisar la planicie que enfrentaba al remanso, se sorprendieron de no ubicar a la mujer. Pero no habían permanecido el tiempo suficiente para una reflexión, cuando de nuevo oyeron la risa que los hizo agazaparse.

—¿Y no estará el gringo con ella?—susurró Vicho, apenas.

—No seais porfiao, hombre, agáchate no más, no los vayan a ver.

Permanecieron un rato en silencio. Avanzaron un poco. Se detuvieron de nuevo.

Intimamente ansiaban ver cómo se desnudaba la mujer.

—Debe estarse sacando la ropa, ricién... .

Entre ellos no había plan alguno. Actuarían según se presentaran las circunstancias.

—Me tinca que la gringa tá con alguien. ¿No oyís voh una conversa?

—¡La pura verdá, po' hombre! Pero el gringo nues. El tá en el pueblo a estas horas y ella salió sin la Viteria de la casa.

—Ya no'e siente ná; si' han callao.

La tupida ramazón les impedía ver. Avanzaron sigilosamente por entre algunos arbustos, para quedar inmóviles metros más adelante. Arriba el cielo estaba intensamente azul. Desde alguna correntada próxima llegaba el mismo canturrear unísono del agua al golpear contra las piedras. Los árboles iniciaban un



leve movimiento de sus copas, gracias a alguna ráfaga de viento que aparecía con intermitencia. El canto de una tenca sonó como advertimiento para los hombres. Encogieron sus cuerpos con rapidez y, casi en seguida, nítidamente llegó hasta sus oídos la risa juguetona de la mujer, envolviendo algunas palabras acariciantes. Un —¡Tonto!—brincó más alto, con desgano y provocación. Los ojos negros y brillosos de Vicho adquirieron una cómica mezcla de sorpresa y desencanto, a la vez que de intriga, mientras respiraba excitado.

La voz de la mujer les llegó, ahora, con mayor claridad, junto con una voz de hombre, casi al mismo tiempo, entremezcladas.

—Amorcito...

—¡Déjame!

—Linda...

—¡Tonto!

Los arrumacos fueron ahogados por besos llenos de apasionamiento.

—¡Tobías! No'stá ná sola, po' hombre. Tiene qu'estar con el gringo nomás.

—Ya tei dicho que no. Otro tiene que ser.

—¿Quién creí voh?

—Tenimos que verlo.

Y, decididamente, pasaron algunas matas de culenes y maquis secos, cuidando no hacer ruido que les delatara. Ahora ya pudieron ver parte del plan, encuadrando perfectamente a las dos figuras.

Vicho tragó saliva.

—¡Que nu'es l'hijo de on Pancho Fuentialba!

—¡El mesmito!

—¡Ahí tenís voh!

Ella estaba tendida de cara al cielo. El, que llevaba un liviano pantalón de pueblo y una camisa coloreada, permanecía tendido bocabajo. La besaba en la boca abierta, apasionada-

mente; sus labios buscando los labios de ella en juego de afa-  
nes y esquivaces.

Desde las pataguas atisbaron los dos hombres con tiritones involuntarios, encorvados e indecisos.

—¿Habís visto chasco más grande voh?

—Niuno.

—¡Quién lo juera a creer!

—Ahí tenís voh cómo son las gringas.

—¡Cómo se ensartan los cristianos, oh!

Dejaron de bisbisear. El muchacho se había erguido y ella, aun de espaldas, recogió una de sus rodillas dejando al descubierto la carne de su muslo blanco, cuya piel se nimbó hermosamente al sol. Inclinandose nuevamente, la besa en el nacimiento de los senos, al mismo tiempo que pasa uno de sus brazos bajo las piernas y el otro poco más arriba del talle juvenil. Arreglada con facilidad ahora entre sus brazos, dobló su hermoso cuello blanco, ofreciendo sus labios amorosamente. Y entre besos, risas alegres, gozosas y entrecortadas, la llevó hacia un rinconcito formado por zarzamora, bien guarecido a las posibles miradas extrañas.

—Güeno. ¿Y nos queamos a ver esto?

—Pa qué hombre, más mejor no. Ejalos nomás que se revuelquen, pa que se joda el gringo e mierda.

—¡Y tan palabrientazo que lo han de ver...!

—¿Alcancemos pa onde on Vítor, a ver si tuavía le quea algún litrito d' ese güeno?

—Vamos...

Por entre los árboles, culebreando, les llegó una exclamación de placer, ya lejana y leve, atravesándoles burlonamente sus oídos avergonzados, mientras se alejaban.